

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LA CASA DE CAMPO.

CONSEJOS Á LOS AGRICULTORES.

¡Cuán bella situación tiene á veces una casa en el campo! Los trigos y las viñas suelen rodearla; los almendros é higueras la enriquecen; el aire, perfumado con los aromas de los huertos circunvecinos, la penetra, llenándola de salud y cumplido bienestar; el sol la mira con benignos ojos; la naturaleza le regala sus arrebatadoras armonías.

Y si esta casa tiene la fortuna de pertenecer á buenos *amos*, á diligentes y honrados agricultores, entónces se transforma en centro de actividad, hermosea sus dependencias con el especial colorido del trabajo, y hace sentir en algunas leguas á la redonda la influencia del buen órden, y de la prosperidad en el órden cimentada.

Pero, ¿qué es un buen *amo*?—Respondo: «Es *el padre de familias*, que con su inteligente trabajo, ordenada economía y nunca desmentida moralidad, procura gobernar la finca á sus cuidados confiada.»

Digo *el padre de familias*. Padre ha de ser el amo, si no por naturaleza, al ménos por el afecto que profese á sus dependientes, á todos los trabajadores que cultiven la tierra bajo su direccion. Justiciero, como el patriarca de los tiem-

pos antiguos, no ha de permitir que se viole en lo más mínimo el derecho de un súbdito suyo, por humilde que éste sea; cumplidor de sus obligaciones, ha de satisfacer puntualmente el salario de sus obreros, sin escatimarlos ni retenerlos por menguada avaricia, puesto que el sagrado Libro de Tobías dice expresamente: *Merces mercenarii tui apud te omninò non remaneat*; afable, ha de tratar á sus subordinados con dulzura y con aquella suave benevolencia que es el distintivo característico de la noble fraternidad; caritativo, en fin, ha de remediar en lo posible las ajenas necesidades, y ha de tolerar que alguna pobre Ruth, alguna desdichada Ncemi, recojan las espigas abandonadas por los segadores en los campos del rico Booz.

El trabajo del agricultor ha de estar dirigido por la inteligencia. ¡Lástima da ver lo poco que adelanta la agricultura española, á pesar de las condiciones del suelo y del clima, tan favorables á su desarrollo! Y el mal estriba en que el agricultor español es rutinario, más que rutinario, refractario á todo progreso agrícola, temeroso como un niño de todo lo desconocido por los antiguos, aunque ahora lo proponga la ciencia. El *amo*, el buen agricultor, al lado del Catecismo, al lado de la Sagrada Biblia, ha de tener en la pequeña librería doméstica, el Tratado de agricultura teórico-práctica, ó la Revista de Agricultura, ó alguna de esas publicaciones que de algunos años á esta parte empiezan á dilucidar cuestiones agrícolas en España. Lo que en Viena nos dió un verdadero triunfo fué la agricultura. España con sus inmensas llanuras, con sus extensas cordilleras que la cruzan en todas direcciones, con sus caudalosos rios que pueden llevar á todas partes la fecundidad y la vida, es una nación eminentemente destinada á la agricultura. España con buenos sistemas agrícolas, con más constancia en el trabajo, con más inteligencia en el cultivo sería la primera nación europea. En la Exposición universal de Viena en 1873, los españoles obtuvimos por nuestros cereales y legumbres 122 premios, miéntras que Francia sólo obtuvo 8, Bélgica 12, Inglaterra 3, Rusia 28, Alemania 35, Italia 22 y los Estados Unidos 2. Por lo que presentaron al exámen del Jurado

internacional los agricultores españoles, pudo conocerse de cuánto serían capaces, si estableciesen en la tierra de España las mejoras aconsejadas por los nuevos métodos y procedimientos que la ciencia moderna preconiza. «Allí estaban—dice un escritor—Estruch y Compañía, de Barcelona, con su rica colección de abonos artificiales; Fortadés de Vich, con nada ménos que ¡veinte y dos! variedades diversas de habichuelas; el Conde de Foxá, de Gerona, con treinta clases de granos y legumbres; allí estaban las nueve almendras de Mallorca; las tres hermosas colecciones de frutos secos, legumbres y cereales, de Alonso Prado, de Leon; las plantas medicinales de Sepúlveda y Lucio, de Brihuega (Guadalajara); los muestruarios de la Escuela general de Agricultura; las maderas de la Escuela de Montes; y otras colecciones que constituían una exposicion realmente notable. (1)» Pero la producción española de cereales y legumbres descollaba en variedad y calidad, no en inteligencia de cultivo, no en baratura de precios; lo cual sería la principal ventaja de los adelantos que se introdujesen.

El agricultor debe convencerse, pues, de la necesidad que tiene de instruirse en su nobilísimo arte, y de dar á sus hijos y dependientes, con el pan material que fortifica sus cuerpos, el pan sublime de la instruccion, que engrandece su inteligencia.

La Economía es otra de las virtudes que ha de practicar todo buen amo, dueño ó arrendatario principal de la Casa de Campo. Él ha de llevar la exacta cuenta de sus gastos é ingresos, ha de comparar con sus datos estadísticos los resultados de una y otra cosecha, de un año y otro, de una y otra semilla. El presupuesto de gastos ha de ser inferior al de ingresos, ó, por lo ménos, si la posesion no ha de ir en deplorable decadencia, ambos presupuestos deben nivelarse. No aconsejamos la mezquindad, no predicamos la avaricia; éstas son vicios, la Economía es virtud. La Economía manda que se supriman gastos inútiles, que no se caiga en la tentacion seductora cuanto estúpida del lujo. El

(1) Navarro Reverter.—*Del Turia al Danubio.*

agricultor, que vive más unido con la naturaleza que el hombre de las ciudades, ha de imitar á ésta en la sencillez de su vida. Por el desprecio del adorno vano, por la frugalidad, compañera de la salud, por la escasez de necesidades facticias, por la primitiva simplicidad de medios para vivir ha de ser apreciado el hombre de la naturaleza, el habitante de los campos. ¡Ojalá no se introduzcan nunca en nuestras aldeas esas nimias superfluidades de que la moda ha hecho una necesidad en los grandes centros! El viciado Café, el indecoroso teatrito, la indispensable gira campes- tre, los salvajes toros, las fatuas riñas de perros, el nuevo perifollo de la hija, el traje de fiesta ó de baile, tantas necesidades que nuestros abuelos no conocían, tantos dispendios en pequeño ó en grande, llegan á producir la ruina de las familias, y, ¡oh desgracia!, la perdicion de la sociedad. A esto se opone la Economía, es decir, un entendido órden en la distribucion del capital doméstico, un presupuesto hecho *à priori*, de antemano, con la firme intencion de no apartarse de sus rigurosas prescripciones.

Instruccion y Economía: hé ahí las bases del régimen progresivo en los campos. Pero esto no basta; se necesita indispensablemente una tercera: LA MORALIDAD. Hay que repudiar todo lo que directa ó indirectamente ataca á la Moralidad. Nuestros antepasados tenían excelentes *costumbres*; estas costumbres han de ser conservadas con cariño si duran todavía; si han desaparecido, hay que resucitarlas ó introducir otras que con ventaja las sustituyan. El que olvida el cumplimiento de una costumbre, de una ceremonia religiosa, de un precepto moral, es un enemigo de la patria, un asesino del progreso humano. Habitantes de las campiñas, oíd la voz de la moral, que os manda en nombre de Dios la práctica de vuestros deberes. Cuando la campana de la parroquia resuene en los tranquilos valles, al despuntar el dia ó al despedirse el sol en Occidente, subid, subid la cuesta que conduce á la casa de oracion; y, delante de la imá- gen de María, ó arrodillados ante el altar del Sacramento, elevad al Señor una plegaria, expresion sincera de vuestro amor al Sér Supremo, humilde protestacion de la fe de vues-

tras almas. No descuide el *amo* de la casa de campo el ofrecer todas las noches á la immaculada María, allá, debajo del parral, á la luz de la luna, en medio del silencio majestuoso de la naturaleza, el homenaje de rosas que le ofrecían nuestros antepasados. En el día del Domingo, consagrado por tantos siglos al descanso y á la oracion, mande cesar los penosos trabajos en nombre del Dios de la libertad, que quiere que todos los hombres, sin exceptuar á los desheredados de la fortuna, piensen á lo ménos una vez á la semana en sus destinos inmortales. Y al aparecer la primavera, llenando de esperanzas la creacion; al acercarse la pascua del Cristo; cuando la Iglesia nos manda recorrer con la imaginacion y el pensamiento ese ciclo de grandes hechos que constituyeron la primavera religiosa; entónces, el *padre de familias* lleve sus hijos á la piscina de la penitencia, al pié del sacerdote, que les recordará su origen, su razon y su fin, y les hará prometer, junto al ara del Sacrificio, eterna fidelidad á las leyes de la conciencia, eterno propósito de renacimientos morales.

INSTRUCCION, ECONOMÍA, MORALIDAD. Si el agricultor escribe en su bandera esa preciosa divisa, si ella es el norte de sus aspiraciones, la Casa de Campo llevará la bendicion de la Providencia, y sus graneros rebosarán de dorado fruto. El dueño de la casa prosperará en todas sus empresas; será buen esposo, inteligente director, padre activo y honrado ciudadano. Sus vecinos le respetarán, y él, tranquilo en medio de sus árboles, ó en el hogar, rodeado de numerosa descendencia, podrá exclamar con el poeta castellano:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruído!

JOSÉ TARONJÍ, PRO.

(*Anuario Agrícola Mallorquin.*)

DOS GUIRNALDAS.

(*Conclusion.*)

—¡Pero llevar estampado en la frente el sello de asesino!

—¿Pues y el otro? ¿No lleva erguida su frente por los paseos y los teatros y los salones de buena sociedad, á pesar de tener estampado en ella la marca de seductor, de libertino, de perjuro?

—Siempre hay una diferencia.

—Si el mundo la reconoce yo no la reconozco, y aquí donde V. me ve nadie me impone leyes ni opiniones.

—Es cierto; pero yo, Sr. D. Claudio, le tenia á V. por valiente, y extraño..... tales filosofías, por decirlo así, al tratarse de un duelo.

—Me ve V. por esos andurriales, ¿y duda V. si soy valiente? Bah! Yo no temo á la muerte. Lo que temo, lo que no quiero es morir sin la seguridad de quedar vengado.—

Y dicho esto me dejó para montar á caballo y tomar otra vez la delantera.

No hay para que describirte lo terrible de mi situación. A cada momento recelaba que llegase la orden de que me ahorcaran ó fusilaran ó hicieran conmigo alguna cosa peor. ¡Qué salvaje fisonomía la de aquellos hombres acostumbrados á todos los horrores de la guerra! En mi incertidumbre estaba peor que los condenados en capilla: estos tienen siquiera el consuelo de un sacerdote, y yo, rinde por ello gracias á Dios, empezaba á sentir la necesidad de este consuelo. Mi imaginación me arrastraba hácia Cándida. ¡Cuán negra se me presentaba mi conducta! ¡Cuán merecidas tus reconvenciones! Y era una niña excelente: su nombre le venia de perlas. ¡Y yo con mis garras de demonio destrocé su vestidura de ángel! ¿De qué raptos de pasión, de qué arterías, de qué juramentos no me habia valido?

Y ¿por qué dejé de cumplirlos? ¿Por qué la abandoné? Por miras egoistas, por una vanidad descabellada. Porque conservaba ciertos resabios de campesina, porque carecia de ciertas dotes para brillar en los salones, porque no podia ser mas que una buena madre de familias montada á la antigua. ¡Y cómo me aparecia entónces mi proceder en su desnudez horrible! No se me ocurrían entónces los sofismas de otro tiempo para cubrirla. Mi perjurio pesaba sobre mí mas que las transparentes amenazas de aquel hombre, sumido en la infelicidad por mi criminal ligereza. Si yo no hubiese existido, él viviria ahora tranquilo en su hogar, esposo mil veces afortunado. ¡Cómo deseaba entónces reparar el daño de mis culpables extravíos! ¡Cómo me proponia, en el caso de escapar con vida, buscar á Cándida, arrojarme á sus piés, tenderla mi mano y volver la paz y el júbilo á su corazon por mí tan cruelmente martirizado! Únicamente ella podia y debia ser mi esposa.

Así pasé cinco ó seis horas de mortales angustias.

Comenzaban á extinguirse del todo los restos de la luz crepuscular, cuando el sargento, que se habia venido á mi lado, me dijo:

—Hombre! eso está de malísima data. ¿Qué demonio de trabacuentas ha tenido V. con el capitán? Ha resuelto batirse con V.

—Respiro.

—Mal hace en respirar tan fácilmente, porque de cada diez probabilidades no tendrá V. á favor suyo.....

—¿Ni siquiera tres?

—Ni una, puesto que si cayese D. Claudio se le descerajarian á V. cuatro tiros á quema ropa.

—¡Qué infamia!

—Yo no sé, ¡voto á Dios! de qué injuria se trata; pero él no quiere morir sino vengado; y como es tan querido de esos muchachos, ¿quién va á impedir que sus postreras órdenes se cumplan? Ello es una atrocidad; pero, diablo, quien manda, manda. Sin embargo, yo le he empeñado á V. mi palabra de honor de que no se le haria daño, y el buey por el asta y el hombre por la palabra. El muchacho

que en confianza me ha revelado esto, parece que le tiene á V. mucha ley, y que le está muy agradecido por haberle curado V. á su mujer de unas fiebres malignas, y dejado una limosna en vez de tomar la propina. Tenemos ideado entre los dos un plan para salvar á V. si es V. hombre de corazon..... y de piernas.

—Diga V.

—A todos estos sitios los conozco palmo á palmo, felizmente el cielo está encapotado y la noche será oscura como boca de lobo. Yo cortaré á V. la cuerda dejándola solamente prendida de un hilo, y V. seguirá como si tal cosa. El muchacho aquel marchará á su lado, poco á poco se irán ustedes rezagando, y cuando llegue el momento oportuno el otro se caerá como si V. le hubiese dado un empujon, y al mismo tiempo salta V. un paredon que está á la vera del camino. No tiene mas que unos ocho piés de altura. Echa V. á correr, encuentra unos árboles y dándoles la vuelta se tiende V. boca abajo entre las matas. Nosotros pasaremos de largo. Toma V. en seguida por la parte opuesta, y ancha Castilla. No se aturda V. ni por los gritos, ni por los tiros: si ninguno le acierta, bravo; de lo contrario, santas pascuas.

Fijar en mi memoria esas instrucciones, y no tener mas remedio que aceptar sus posibles consecuencias, era bastante para hacerme vivir en la mas horrible agonía. Anduvimos una hora y quizá ménos, y su duracion me pareció la de un siglo. Al fin llegó el momento: hizo el otro como que se caia y salté inmediatamente, gritaba aquel: ¡se escapa el prisionero! el sargento: ¡por aquí, muchachos! y el capitan, que hubo de apearse: fuego! matarle! Atronábanme los oidos blasfemias y tiros. Algunas balas silvaban muy por encima de mi cabeza, otras iban dirigidas por mano mas certera á pesar de la obscuridad completa. Me tendí volviéndome hácia el camino que habia dejado, y ellos pasaron de largo. Entónces me levanté, y cuesta abajo eché á correr como un gamo: corria y corria encomendándome á todos los santos del cielo: á cada paso estaba en peligro de tropezar ó de estrellarme en los troncos de los

árboles: mis piés estaban magullados y la respiracion casi me faltaba. Corria sin embargo y me encontré en una carretera, pasé un puente y comprendiendo que este camino no me convenia tomé por la márgen del rio, enfrascándome por breñas y matorrales hasta que una pared se me opuso como obstáculo insuperable. Traté de rodearla, y las rocas me lo impedian: subí en ella, y ántes de aventurarme á saltar á la otra parte, eché abajo una piedrecilla para calcular su altura, ví que podia saltar sin riesgo y lo hice.

Me encontré en un espacio cuadrangular cerrado por todos lados, y reconociéndolo á tientas inferí que era un cementerio de aldea. La poblacion no debia de estar léjos, y no obstante quise descansar un poco en aquel extraño pero favorable asilo. Mis perseguidores habian perdido la pista, gracias sin duda á la inesperada proteccion del sargento. En esta mansion del silencio nada le turbaba mas que el sordo rumor de las aguas que al pié de sus tapias se deslizaban. ¡Qué poco habia faltado para que yo fuese uno de sus mudos habitantes, si es que me hubiese cabido la suerte de que me enterraran en sagrado! Daba gracias á Dios, cuando descubrí un pálido reflejo que salia de la pequeña pieza destinada al depósito de los cadáveres: me acerqué, y..... ¡amigo mio! ¡amigo mio! ¿con qué espresiones he de pintarte mi sorpresa y mi amargura?

Descubrí en su féretro un cadáver alumbrado por una lamparilla, un cadáver vestido de blanco y azul y ceñido con la guirnalda que se habia llevado el campesino, y este cadáver era el de Cándida. Cándida! á quien acababa de elegir para única compañera de mi vida, Cándida! para quien preparaba un tesoro de ternura en recompensa de su prolongado martirio, Cándida! que me hubiera conducido por las floridas sendas de una vida tranquila y cristiana. Cándida! á quien pocas horas ántes hubiera salvado de su dolencia, de su dolencia que yo mismo sin duda le habia causado. Oh! yo era el asesino que de improvviso descubre en su víctima á su mejor amigo. ¡Con qué crueles torturas espiaba entónces mis antiguos deslices! Cándida habia borrado el suyo á los piés del sacerdote, su arrepen-

timiento le habia devuelto en cierto modo su pureza, pero ¡cuán tarde llegaba el mio! A la compuncion religiosa la sustituia una desesperacion indescriptible. ¡Cuán negros, cuán horribles me aparecian mis desmanes al contemplarlos arrodillado á los piés de aquel cadáver!

Mis ojos derramaban lágrimas en abundancia, y ¿qué otra cosa mas que llorar podia hacer en aquel sitio? Dios y Cándida me las exigian. De pronto oí el ruido de una cerradura y entró un hombre con una linterna.

—¿Quién vá? ¿Qué hace V. aquí? exclamó sorprendido.

—No se asuste V. buen hombre, le contesté. Un extraño acaecimiento me ha conducido hasta aquí. He podido escaparme de una partida de *matinés* que me perseguian.

—¿*Matinés*? repitió. ¡Malditas sean nuestras discordias intestinas, malditos los rencores y ambiciones de los partidos!

—¿Y qué le han hecho á V?

—Me han robado la esperanza de mis postreros dias, me han muerto quizás á mi hija. Ah! yo venia á verla por última vez, á darle el postrer adios, á depositar mi última caricia en su hermosa y casta frente. Estaba á punto de casarse con un jóven honrado y pundonoroso, y este de improviso la dejó para hacer la guerra, porque habia sido oficial carlista. ¿Quién puede dudar que esta súbita ausencia no colmase de amargura el corazon de mi hija?

—¿Con qué le amaba?

—¿No habia de amarle, y era su novio á los ojos de todo el mundo?—

Estas palabras me hacian daño.

—Veinte y cuatro horas hace que aun vivia. Le entró una fuerte calentura, y en su delirio llamaba al médico, que habia prometido venir y no venia. ¡Quién sabe si la hubiera salvado!

—¿Qué dice V?

—Mandamos á Gerona por un médico, y dió palabra de venir un jóven llamado el doctor Rosendo, y, mire V., sin que nadie hubiese dicho nada á mi pobre hija, en sus últi-

mas horas de vida, y en medio de frases estrañas é incoherentes murmuraba: Rosendo! Rosendo!

—¡Dios eierno! Estoy seguro de que si llego á tiempo la salvaba.

—¿Quién?

—Yo. Yo soy el doctor Rosendo. He cumplido mi palabra..... de facultativo y por mis honorarios solo pido esta corona.—

Y tomé la guirnalda que ceñia las yertas sienes de mi pobre Cándida, y ántes que el sol apareciera en la cima de los montes hallábame caminando hácia Gerona.

Pudiera decir que tan fuertes emociones me habian cambiado por completo, y bien comprendes que la otra guirnalda ni ha llegado ni llegará á su primer destino. A una y otra quiero conservarlas. Pueden ser para mí fuente de saludables inspiraciones, ó ya talisman preservativo en ocasiones peligrosas: pueden ser ya el estímulo, ya el freno de mi corazon. Siento en ese pais, teatro de mi vida disipada, una especie de mal estar que me aqueja, pero en cualquier punto resida quiero tener á la vista esas dos coronas. Ellas me obligarán á levantar, si no los ojos, mi corazon al cielo, y á esclamar interiormente con el real profeta: *Delicta juventutis mee ne memineris Domine.*

Tuyo etc.

Con la lectura de esta carta paréceme que hubiera quedado bastante satisfecha la curiosidad de los habitantes de Sóller.

Octubre de 1863.

TOMÁS AGUILÓ.

JOCHS FLORALS DE BARCELONA.

ANY XVII DE LLUR RESTAURACIÓ.

IV.

(Conclusion.)

Antes de proseguir en nuestro juicio debemos hacernos cargo de ciertas audaces palabras con que nos interpela un Sr. Careta y Vidal en el almanaque del Sr. Briz, y por encargo de éste según viene á declarar el mismo articulista.

Dice que nuestros artículos demuestran criterio, y más abajo que carecen de argumentos (faltará el *ergo*) y que, ¡miren que capricho!, alaban lo peor. ¿Qué contradicción ó paradoja es ésta? Porque para juzgarnos hombres razonables no puede haberse fundado en escritos anteriores, siendo éstos los primeros en prosa seria y de los primeros en absoluto que salen de nuestra pluma. Tal vez juzgando por el poco empacho con que manifestamos nuestra opinión, lo cual sólo prueba que está fundada en otras muy numerosas y respetables, nos confunda con alguno de nuestros maestros y amigos: si es así, por éstos lo sentimos; bien que, por otra parte, sería extraño tal error, aunque diga el Sr. Careta, con elástica frase, que no hemos *puesto bien la firma*. Nosotros creimos que, publicándose casi adjunta á nuestro primer artículo una composición con firma *bien puesta*, bastaban las iniciales al pié de aquel para que no pudiera tomarse por anónimo. Y aunque tal hubiéramos querido, no fuera por reconocernos *apasionados*. ¿Qué pasión, y en favor de quiénes? ¿Envidia de autores desairados? A nadie se le antojará que por haber escrito dos ó tres ligeras poesías catalanas, nos consideremos autores ni ménos desairados, aún en la suposición de que hubiéramos tomado parte en el certámen. ¿Exclusivismo en favor de un partido determinado? Al principio, todos los condenamos indistintamente. ¿Predilección por nuestros paisanos? No

lo son los pocos que hemos elogiado, y vaya el Sr. Careta á preguntar á los suyos por su parecer acerca del volúmen en cuestion, que, ciertamente, muchos sonreirán al oír que es uno *de los mejores que han salido* y que «*nadie podrá quitar al Sr. Soler la gloria de autor de Los Companys de Sertori* (pues ¡muchos años!) y que por fuerza debe ser bella una poesía que acaba *companys avant.....*» ¿Y ésto no es *satirico*?

A propósito del Sr. Soler, confundiendo el Sr. Careta el verdadero sentido en que usamos la palabra *aristocratizar*, le defiende de supuestos ataques de un modo que equivale á clavarle la espina más adentro ó, como quien dice, á lavarle con una sartén; pues dice, hablando del mismo, que no deben premiarse *antecedentes literarios* ni escogerse *nombres brillantes*, con lo cual da por sabido que los antecedentes y el nombre del Sr. Soler (se entiende, ántes de haber escrito una poesía que acabara *companys avant*) no valían un cornado; es decir, precisamente lo contrario de lo que manifestamos en nuestro segundo artículo, donde se lee que aquel autor ha prestado con sus comedias *un señaladísimo servicio á la literatura patria*, y que á su fama en este concepto *no corresponden* sus poesías últimamente premiadas. No es extraña en el Sr. Careta esta ilusión óptica; ya ántes nos dice que hemos *capgirat lo sentit comú*, sin duda porque él está acostumbrado á verlo del revés.

Mas véase como este articulista que echa de ménos los argumentos en nuestra crítica, concluye la suya: *ésta es nuestra opinion* (premisa) *y la verdad* (consecuencia.) Lástima que no se llame *Blas*: decirse puede que tampoco *pone bien la firma*, pues no es de buen gusto haber de exclamar: habló el Sr. Careta, *punto redondo*.

Séanos dispensada esta introduccion que sin duda no esperaban nuestros lectores, y vengamos al fin de nuestras consideraciones que ya deben de parecerles enfadosas.

No recordamos si en el programa convocatorio del certámen, se exigía para las composiciones que obtaran al premio de la prosa, carácter determinado, ó si se dejaba

éste á la libre eleccion de los autores, en cuyo caso quizá parezcamos sobrado quisquillosos no hallando toda la oportunidad que de desear fuera en las diez narraciones del Sr. Riera y Bertran, agraciadas en primer lugar (*Infern del Dant, Lo Paradis perdut de Milton y Las llegendas de Sanjon*, premio de la redaccion de *La Renaxensa*.) (1) Creemos que no cumplía con lo que debió esperarse en esta seccion del certámen, presentar asuntos vulgares y cosmopolitas, cuadros en que sólo son catalanes los trajes y la lengua á veces (no el estilo), y nada se nota en la esencia, en el fondo, en el perfume, en los matices fisionómicos, de especialmente patrio y solariego. El objeto del renacimiento no es la lengua exclusivamente, sino sólo como medio de que el modo especial de sentir y pensar, las bellezas propias y genuinas de nuestro pueblo, no aparezcan deslucidos con ajeno adorno y vestidura: no es una vana complacencia filológica, sino una aspiracion de la patria anhelosa de que se disipen las nieblas que la envuelven. El poeta catalan debe ser, pues, más que ninguno, hijo de su patria.

Una vieja que hila junto al hogar rodeada de su tierna familia, moralizándola miéntras la distrae; depósito fiel de las tradiciones de su país patrióticas ó religiosas, familiares, picarescas ó fantásticas; eco de aquellas graciosas fórmulas de lenguaje con que han llegado hasta ella y que respeta en sus relatos como si fueran sagradas; siempre sencilla, honesta y moral, mas no con el alarde mal encubierto del que lo es más para ser escuchado que para ser creído, sino como quien habla dominado por lo mismo que dice y no hace más que transmitir sus propias impresiones..... hé aquí, en nuestro concepto, la musa genuina de la leyenda, y mucho más en nuestro pueblo donde puede decirse que es todavía un tipo viviente y real. Lo es, sí, pues

(1) Estas composiciones llevan los siguientes títulos y clasificacion: Narracions serias originals: *Mala fi, Fillas y Mares, Escarment, L' amant deslleal, Infamia*. Narracions tradicionals: *La Ermita del Calvari, L' Alarb mal pagador*. Narracions cómicas populars: *Lo llech y 'l jueu, Boigs fan bitllas, Venturas d' un escolá*.

saben nuestras doncellas *dolces contarelles per adormi 'ls infants*; y, sin necesidad de que inficionen el apacible ambiente de nuestros hogares los impuros vapores de almizcle y gas que se exhalan de los cuentos y chascarrillos de almanaque y los deformes abortos del galicismo moderno, aún poseen nuestros abuelos allá en un rincón de su memoria sobrado caudal de consejas y antigüallas con que divertirnos regaladamente

«Quant los pichs de Cerdanya
La neu glassada del hivern blanqueja,
Y 'l llop de la montanya
Per les deveses famolench rastreja.»

Y si tan bello es ésto, si tan agradables son aquellos modismos y frases ceremoniales de uso común, aquel estilo sabroso y llano con que nos recitan sus cuentos é historias, ¿por qué, en vez de sustraer tales bellezas á la corriente que todo lo arrastra y desvanece, conservándolas para nuestros hijos, se han de sustituir por galas postizas impropias de nuestra lengua y ha de servir ésta de mero disfraz á géneros que no han nacido en nuestra tierra ni guardan consonancia con su verdadero carácter cuya integridad y brillo es lo que más debe importar al poeta?

Ya que no de lleno, en muchos conceptos pueden dirigirse estos cargos á la primera que es la mayor y, en nuestro concepto, la peor parte de las narraciones del Sr. Riera.

Tanto por su forma como por sus asuntos, que ó son vulgares ó para huir de ello caen en lo deforme, nos parece que tienen algún parentesco con el ya trasnochado género de la novela castellano-afrancesada, lo cual les da un carácter doblemente exótico y bastardo. A éstas narraciones preferimos las que siguen, del mismo Sr. Riera, especialmente las *cómicas*, pues, aunque muy ligeras y si bien participan del mismo estilo duro y desazonado que en todas domina, siquiera son populares y algo tienen al cabo que permite que nos figuremos al poeta ciñendo *la roja barretina* y á la sombra de los pámpanos ampurdaneses.

Sentimos que por su extensión y faltarnos tiempo para releerlas detenidamente, no podamos examinar como mere-

cen las *Narracions y llegendas* (1) que, aunque acreedoras en nuestro concepto á premio más elevado, han obtenido el accésit al anterior. La variedad, belleza y carácter de sus argumentos, su fondo moral, su estilo discreto y dulce y ligeramente bañado de un tinte melancólico como una apacible corriente que refleja las flores de sus márgenes á la pálida claridad del crepúsculo; todo en ellas contribuye á que se hallen ya muy cercanas del ideal á que ántes nos hemos referido. No esperábamos ménos de la inspirada poetisa que se oculta modestamente bajo el pseudónimo de María de Bell-lloch, conocida ya en nuestra república literaria por su bello tomo de *Salabrugas*. Osaremos aconsejarla que procure desprenderse de toda levadura é influencia forastera sobre todo en el lenguaje y empaparse bien del habla y el espíritu de su pueblo. Si así lo hace y algo vale nuestra opinion, señalados triunfos ha de alcanzar en la senda de gloria que ha emprendido.

Ahora sólo nos resta que hacer una advertencia. Si hemos sido apreciadores severos quizá en exceso, es porque opinamos que de la incuria y de los extravíos más que de la falta de talento depende la flojedad que domina en el tomo sobre que hemos dado nuestro voto; y mucho mejoramiento cabía aún sin salir del círculo de autores que en él figuran; y además, porque en nuestros juicios debíamos partir de un criterio tanto más inflexible cuanto que los *Juegos Florales* constituyen la única autoridad cuyos fallos puedan servirnos de norma y ejemplo, y de su auge ó decadencia quizá dependan la prosperidad ó entorpecimiento del catalanismo en general. Mas sea lo que sea, dispuestos estamos á oír todo lo que razonadamente se nos objete y hacer todas las rectificaciones de cuya justicia se nos convenza.

J. A. M.

(1) Llevan los títulos siguientes: *Lo Pere Anton, Una aparició á temps, La font de San Salvador, Los espías, Los quatre dons, Lo farell, Una obra de caritat, La plassa de las bruixas, Lo fill del castell, Tentació, Testa-fort.*

LA PASTORETA.

N' es órfana de mare
 Na Rosa d' ulls de cel,
 Y bell ramat pastura
 D' ovelles y d' anyells.

Per camps y boschs el mena
 Cercantli nodriment,
 Y si 'l remat s' atura
 Prop d' ell ella s' asseu.

Y cull un manoch d' herba
 Que allarga á un anyellet
 Que corre y le hi va á pendre
 De sobre son palmell.

L' anyell après la mira
 Com qui 'n demana més.....
 Y en plor esclata l' órfana
 Y axeca 'ls ulls al cel.

Los ulls al cel axeca
 Dient: «Mare de Deu,
 »Be vèureus jo voldria
 »Puix mare ja non tench.»

Y cada nit na Rosa
 Dormint diuen que veu
 Sa mare, que besantla
 Li diu: «t' esper al Cel.»

8 març 1874.

MIQUEL VICTORIÀ AMER.

PER L' ALBUM
DEN
PEPET TOUS Y MAROTO.

¿Has vist l' aromat sándalo
Tan vert y bell, com cau
En terra, fet estelles,
Ferit per la destral?

¿Sabs còm ne pren venjança?
Ab son aroma suau
Perfuma la cruel eyna
Que 'l cor li ha trocetjat.

*Que sia la teua ànima,
Si à Deu vols agradar,
Semblant à l' hermós sándalo
Que torna bé per mal.*

M. OBRADOR Y BENNASSAR.

A UNA FLOR.

Cuando llena de encantos y hermosura
Gozoso tus aromas aspiraba,
Bella flor,
Entónces llena el alma de ternura,
La angelical sonrisa recordaba
De su amor.

Hoy, que miro perdida tu belleza,
Perdidos tus aromas y colores,
Afligido
Recuerdo, llena el alma de tristeza,
Que sufro los tiránicos rigores
De *su* olvido.

G. MULET.

DOLORA.

Cautivóme tu cándida hermosura;
Tus lindos ojos sin piedad me hirieron,
Y al alma mia le inspiraste, niña,
Amor inmenso.

Mi fe burlada, ví que apuesto jóven
Te condujo al altar del himeneo,
Y vuestra dicha me inspiraba, esposa,
Terribles celos.

Ayer te ví besar el albo rostro
De un ángel que mecías en tu seno,
Y ya tan sólo me inspiraste, madre,
Santo respeto.

J. B. ENSEÑAT.

Montañas de Sóller—1875.

DESITX.

(Pensaments de J. Herwegh.)

Morir voldria com se mor l' aroma
 Que 'l vent s' emporta de la gaya flor;
 Morir voldria com se mor l' estela
 Que al trench de l' auba dins la llum se pon;
 Morir voldria com se mor natura
 Que no trespasa lo seu sér ab dol;
 Mes ¡oh desditxa! que sols logra l' home
 Ab plant y penes sa dolrosa mort.

B. FERRÁ.

FÁBULAS.

19.

EL ASNO AGRADECIDO.

Acariciando á un burro Luis Palanca,
 Le daba palmaditas en el anca.
 Agradecido el animal, en pago
 Del cariñoso halago,
 Tras un rebuzno de los más atroces,
 Le descargó en la frente un par de coces.
*¡Cuántos, ya sean burros, ya doctores,
 Pagan de esa manera los favores!*

20.

ZAPATERO Á TUS ZAPATOS.



Anunció Don Perfecto
 (El anuncio traía larga cola)
 Que enseñaba Gramática española.....
 Y estaba sin gramática el prospecto.
*Pudiéramos probar con mil razones
 Que en España nos faltan remendones.*

21.

CON QUE USTED LO DIGA, BASTA.



—Cuanto es mayor la deuda abrumadora
 De un Estado cualquiera, ¡cosa extraña!
 Mayor es su riqueza.—¿Quién lo ignora?
 Por eso nuestra España
 Nunca tan rica ha sido como ahora.
*Segun la teoria, al más borrico
 ¡Qué fácil es, lector, hacerse rico!*

22.

LLEGAR Á TIEMPO.



Todo el año seguido
 Juega á la lotería Bienvenido.
 Alberto, su cuñado,
 Que al loteril reclamo se hace el sordo,
 Jugó una sola vez, el mes pasado,
 Y obtuvo el premio gordo.
 —«Hombre, yo dijo aquél, dale que dale,

Y ¡nada! ¡Es muy extraño!»
 Y Alberto respondió: — «Chico, *más vale*
Llegar á tiempo que rondar un año.»

23.

ES OFICIAL.



En ménos de un instante
 Engullóse una pulga á un elefante.
No os admiréis, lectores;
La Gaceta las trae mucho mayores.

24.

EL MUNDO AL REVES.



De un borrico sé yo que explica Historia,
 Y de un sabio que tira de una noria.
No lo juzguéis patraña;
Que así van hoy las cosas en España.

25.

EL BUEY ORADOR.



Un buey de carne y hueso
 Dicen que habló una tarde en el Congreso.
 Mentira; *en el santuario de las leyes*
Nunca se permitió que entraran bueyes.

LEON CARNICER.



DE LA LITERATURA CATALANA.

DISCURSO DE

DON VÍCTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

A Guillermo de Poitiers, á quien con poco acertada crítica se ha llamado el primero de los trovadores, sucede toda una serie y toda una via láctea de poetas, á los cuales dan manifiesta proteccion los condes Ramon Berenguer de Barcelona y Dulce de Provenza. Yo no diré si, como asientan unos, vinieron á Barcelona los poetas provenzales á implantar el gusto de la poesía entre los catalanes, ó si éstos fueron á Provenza con Ramon Berenguer á dar lengua y forma á la literatura provenzal, como ya hemos visto que afirman otros; pero lo que es de todo punto evidente, lo que no puede negarse, es que de entónces más se establecieron seguidas corrientes entre los condados de Barcelona y Provenza, que de entónces más fué peculiar á entrambas comarcas el cultivo de las letras, y que el movimiento literario se extendió, no desde el Loire á los Pirineos, como dicen en general los autores franceses, sino desde el Loire hasta el Ebro, hasta tropezar con la frontera de los árabes.

Fué aquélla la época del esplendor provenzal. Los príncipes de la casa de Barcelona llevan á Provenza una mision política y civilizadora, y sostienen con su poderoso influjo y con su vencedora espada la independenciam y las libertades de aquel país privilegiado. Debe reservarse una plaza de honor en la historia de los progresos de la civilizacion y de la humanidad, por lo que corresponde á aquella época, á los condes de Barcelona. Con su administracion, con su tolerancia, con su emprendedora iniciativa, con sus leyes, con sus cartas á los pueblos, levantan el espíritu de aquel territorio, abren nuevos horizontes, fundan escuelas, protegen y desarrollan los intereses del país, es su época manantial fecundo de bienes para aquella su nueva patria, y en esta mision levantada y civilizadora los apoya con su inmensa influencia en las masas la poesía provenzal, á la que por

su atrevida tendencia á hacerse intérprete de la multitud, puede encontrarse no poca analogía con la prensa de ciertos países en ciertas y determinadas circunstancias.

Es ley general y eterna de la humanidad que los grandes acontecimientos políticos desarrollan el movimiento literario de los pueblos, al que abren esplendorosas vías de luz y armonía con el choque que reciben las imaginaciones atargadas hasta aquel momento; con la actividad que desarrolla en los espíritus la gloria, el éxito, la grandeza del acontecimiento; y con la conciencia que entónces adquiere el pueblo de sí mismo, de su valer, de su importancia y de sus propios destinos.

Esto sucedió á Provenza. Los príncipes de la casa de Barcelona fueron á comunicarle nuevo gérmen de vida y á despertar en ella todo lo que en ella había de noble, generoso, caballeresco y patriótico. Las nuevas ideas de los condes barceloneses fructifican con rapidez en la ardiente imaginación de aquellas poblaciones meridionales, hijas de griegos y romanos, y bien pronto un nuevo estado social, sin análogo en la historia, y una civilización toda nueva, nacen de su unión con los catalanes que, activos, comerciantes y emprendedores, allí llevan su actividad febril, su fuerza de voluntad, su rectitud de carácter, su sangre española y árabe, su inteligencia y su cultura, su acautelada prudencia en los consejos, su valor indomable en los combates.

Podrá decirse cuanto se quiera. Pasemos porque los provenzales nos dieran su literatura; pero nosotros les dimos la vida, y con ella la fuente eterna de la poesía. Barcelona era entónces el corazón de Provenza, y la vida reside en el corazón.

Con la casa de Barcelona,—y será envano querer negar esta verdad que se descubre á través de las tinieblas que envuelven aún la historia de aquellos tiempos,—con la casa de Barcelona, Provenza renace á nueva vida, despierta como de un sueño, su organización feudal se modifica y modera, su constitución política y económica se desarrolla, su comercio comienza, su industria florece, su literatura irradia, sus ciudades libres son protegidas, los derechos y fueros de sus ciudadanos reconocidos, sus libertades antiguas confirmadas y aumentadas, y sus municipios crecen y se levantan al igual de esas grandes municipalidades catalanas que, llevando en sí el gérmen de la verdadera democracia, se hacen admirar por su tradicional respeto á los monarcas y por su ferviente amor á las públicas libertades.

Bajo la influencia de esta casa todo progresa en el Mediodía de Francia; y las amplias libertades que se otorgan

á unos pueblos, que se reconocen en otros, que se respetan en todos, permiten á los trovadores, los grandes artistas y los libres pensadores de aquellos tiempos, entregarse á todas las expansiones de su pensamiento, á todos los entusiasmos de su genio, y, lo que es más todavía, á todas las licencias de su arte.

Se ve entónces surgir y levantarse pujante una sociedad nueva, una civilizacion especial, una nacionalidad meridional que nada tiene de comun ni parecido siquiera con la sociedad, la civilizacion y las nacionalidades del Norte de Europa.

Miéntras que allá, en el Norte, se eleva una valla insuperable entre el guerrero, que lo es todo, y el ciudadano, que no es nada, aquí, en el Mediodía, la fórmula cristiana de igualdad de todos los hombres viene á ser una ley y un principio, que no se consigna en ningun código y que ningun tribunal tiene obligacion de hacer respetar; pero que todo el mundo obedece, que todo el mundo acata, y á que nadie atenta en aquella sociedad acostumbrada á estimar al hombre por algo más que por la fuerza y la materia.

Entre los septentrionales, que no debían tardar en venir con el tan animoso como encruelecido Simon de Monfort á destrozar la naciolidad del Mediodía; entre los septentrionales, toda la calidad del hombre está en la espada, es decir, en la fuerza. En el Mediodía, al contrario, la fuerza, es decir, la espada, sólo es útil cuando háy lucha. El soldado no es el país. La industria, el comercio, las ciencias y las letras, dan posicion social á los hombres que se elevan por su propio valer, por sus méritos y por sus virtudes. El trovador, salido quizá de la ínfima clase del pueblo, es tratado de igual á igual por los nobles y los barones, es dignatario en la corte, consejero de los reyes, y se permite á veces ser rival en los amores del monarca disputándole el cariño de una dama. El ciudadano recibe al rey en su casa y lo sienta á su mesa; tiene entrada franca en los palacios y los castillos; es amigo de los magnates y les da participacion en sus empresas mercantiles; que no sucede en el Mediodía lo que en el Norte, donde el comercio y la industria son viles oficios de ruines mercaderes, sino fuentes de intereses vitales para la sociedad, y medios para que el *menestral* llegue por ellos á la riqueza, á la independencia social y á veces tambien á las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado.

Así es como se explica la popularidad de aquella nobleza meridional, el amor de aquellos pueblos á sus reyes y la fraternidad é igualdad de clases que existía en aquella sociedad singular de la Edad-media, compuesta toda de

hombres libres, con mutua estimacion para sus cualidades respectivas, con respeto á las jerarquías sociales y con nocion y conciencia en todos, así de su deber como de su derecho.

Pero tiene tambien aquella época otra cualidad característica. Aquella sociedad, abundosa de pasion y de vida, mitad provenzal y mitad española, mitad romana y mitad árabe, necesitaba dar esparcimiento á su actividad y á sus sentidos. El campo de batalla, el claustro y el castillo, es decir, la gloria, la esperanza cristiana y el amor, vienen á ser para ella una especie de triple objetivo y son el lema de los cantos de los trovadores, lema que no es otro por cierto que el *Patria, Fides, Amor*, que ha de ser más tarde la divisa de los Consistorios de Juegos florales.

La mujer, esclava en el Norte, es reina y soberana en Mediodía. Es el iman de aquella sociedad de oro y de hierro, la luz de aquellas generaciones pensadoras. Preside las fiestas, es reina en los torneos y juez en los certámenes literarios. Por ella se baja á la arena, se emprenden lejanas y aventuradas expediciones y se disputa el premio en los certámenes; por ella se combate, se canta y se muere; por ella tambien se penetra en la celda de aquellas solitarias abadías, grandes panteones de piedra, donde se encerraban á llorar, vivos en su propia tumba, los pobres enfermos del alma.

En torno de ella elevan los trovadores su coro de himnos inmortales que vivirán á traves de las generaciones y de los siglos; por ella al par que hazañosas acciones, se acometen y llevan á cabo empresas grandiosas y singulares y extraordinarias, en algunas de las cuales podría verse algo de demencia si no hubiese mucho de sublime. Pedro Vidal, por amor á Loba de Penautier, se hará un dia llamar *el lobo*, y vistiendo pieles de lobo, se hará cazar en las montañas de Cabaret por los pastores y por sus perros; Godofredo Rudel se enamorará perdidamente de la condesa de Trípoli, sin haberla nunca visto, sólo por las alabanzas que de ella hacen peregrinos y viajeros llegados de Antioquía, y, tomando la cruz, emprenderá penosos y dilatados viajes que han de acarrearle la muerte, satisfecho con ella porque ha de procurarle el placer de morir en brazos de su soñada dama desconocida; Guillermo de Tours se abrazará al cadáver de su amada, y mandando construir un ataúd para dos cuerpos, se hará enterrar vivo con aquella que había sido el supremo amor de su vida y la suprema inspiracion de sus cantos; Margarita de Rosellon ha de hallar tan sabroso el corazon de Guillermo de Cabestany, que su celoso marido le hará servir á la mesa como manjar deli-

cado, que no volverá jamás á probar otro alimento que pueda quitarle á su paladar el sabor de aquel enamorado corazón muerto por ella; y mucho más tarde aún, andando los tiempos y siguiendo las costumbres trovadorescas, Dante, que irá á buscar el pensamiento de su obra divina en el ignorado poema de un pobre monje de Beziers, y Petrarca, que irá á beber la inspiración en los cantos de los trovadores, harán de su Beatriz y de su Laura tipos inmortales y peregrinas imágenes para modelo y para mito de todos los poetas y de todos los pintores de todas las edades.

Pero llegará un día funesto, el enlutado día en que aquella nacionalidad meridional, sin embargo de no haberse impuesto por el hierro, será por el hierro llamada á desaparecer. Las bandas de septentrionales, á las órdenes de Simon de Montfort, y bajo una bandera que se llamará de paz y de fraternidad, pero que en realidad lo será de guerra y exterminio, invadirán el Mediodía, y aún cuando á mantener esta nacionalidad acuda la casa de Barcelona, siempre pronta en auxilio de Provenza, la muerte del rey Don Pedro de Aragon en la infortunada rota de Muret, vendrá á entregar el Mediodía á los soldados de Montfort.

La literatura y las letras provenzales desaparecen entre aquellas terribles escenas de sangre y de exterminio. Los trovadores que han permanecido fieles á la musa de la patria y que han podido hurtar su vida á la matanza, se refugian en Aragon y en Cataluña, donde está llamada á florecer la literatura á la sombra y bajo la protección de los poderosos monarcas aragoneses.

Con la caída de la nacionalidad meridional concluye el primer período de la literatura que hemos llamado de *época provenzal*, y comienza el segundo período, que es el de la influencia y de la *época catalana*.

La muerte de Don Pedro en los campos de Muret, junto á Tolosa, había entregado el trono y la corona de Aragon y Cataluña á Don Jaime I, llamado más tarde, y con justicia, *el Conquistador*.

Se considera á Don Jaime como el fundador de la nacionalidad catalana y del poderío aragones. Razon hay para ello. La gran figura de Don Jaime descuella sobre todos los reyes de aquellos tiempos, como cuentan que su talla sobresalía sobre todas las de los hombres de su época.

Su vida llenó mucho más de medio siglo, y su nombre toda la tierra entónces conocida. Niño aún, viste la cota de malla y manda huestes; ántes de los veinte y cinco años ha conquistado reinos; por él nacen á la luz y á la vida de la

civilización cristiana las Baleares, Valencia y Murcia; gana reinos y dominios para otros; reforma é instituye sobre bases seculares aquel célebre y virtuoso *Concejo de Ciento*, senado barcelones llamado por excelencia el sabio, con miras á tan alto, que sin tener facultad de dar coronas, alguna vez le sucedió probar que podía quitarlas; los príncipes cristianos le toman por árbitro y juez en sus contiendas; el Papa le da asiento en sus concilios y le llama á sus consejos; es el terror de los moros, á los que, segun la bella expresion de la crónica, ahuyenta con la cola de su corcel de batalla; el kan de Tartaria y el sultan de Babilonia le rinden homenaje; le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios y universidades en Lérida, Montpellier, Perpiñan, Valencia y Palma; como César, es á un mismo tiempo soldado y escritor, que con su espada gana reinos y con su pluma narra sus campañas; intenta, aunque en vano, volver á levantar la nacionalidad del Mediodía, caída con su padre en la batalla de Muret, pero crea en cambio la nacionalidad catalana, y con ella una lengua que emplea en sus correspondencias, en sus leyes, en sus tratados y en sus obras literarias; es el más prudente en los consejos y el más arrojado en las batallas; se sienta á la mesa de los mercaderes catalanes y los asocia á sus planes de grandeza y de conquista; discute en los parlamentos con los diputados; los pueblos le llaman justo, las damas galan, los caballeros dadivoso y las leyendas santo; y para que nada falte á la gloria del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, es el primero entre los reyes como es el primero entre los legisladores, como es el primero entre los capitanes, como es el primero entre los literatos; que Dios parece haber dado en todo la primacia á aquel hombre extraordinario, llamado por altos destinos á ser el vencedor de todo, ménos de sus pasiones, y que al morir dejaba escrita en su testamento esta admirable frase que encierra toda la vida de aquel gran rey, y toda la política de aquel gran reinado: *Dios ama á los reyes que á sus pueblos aman.*

Con este monarca la literatura catalana crece en brillo y en esplendor, y, como el águila, se lanza á las alturas á que no debía tardar en llegar con los reyes que suceden, siguiendo sus gloriosas tradiciones, al gran Don Jaime en el trono de Aragon.

Comienza, pues, la época brillante de la escuela catalana y se abre aquel largo y luminoso período de dos siglos (XIII y XIV) en que el gran rey publica su *Crónica* y su *Libre de la sabiesa*, si escrita la primera con una sencillez encantadora y una exacta inteligencia de las cosas y de

los hombres, redactado el segundo con un alto espíritu moral y un profundo conocimiento del corazón humano; Desclot, su excelente historia, donde los acontecimientos contemporáneos están descritos con tal verdad, que no parece sino que el lector asiste á uu espectáculo; Muntaner, su *Crónica* admirable, en la que si no se halla siempre la fidelidad del historiador, se encuentra siempre al ménos la portentosa imaginación del poeta y la gracia embelesadora del leyendista; y Pedro el Ceremonioso, Puigpardínes, Marsilio y tantos otros, sus obras históricas, de consulta necesaria para los analistas, de estudio profundo para los filólogos, de modelo constante para los literatos.

Es aquella también para Cataluña la época de los grandes filósofos y sabios, y allá van con ella, descollando como figuras superiores en su siglo, aquel Francisco Ximénez, autor de la original y enciclopédica obra *El Cristiano*; aquel Arnaldo de Vilanova, varón eminente, de fama europea y uno de los libres pensadores más atrevidos que hubo por aquellos tiempos; y entre todos, y sobre todos, aquel que tanto dió que hablar á leyendas y á romances, á crónicas y á historias, poeta y peregrino, nigromántico y fraile, predicador de una cruzada como Pedro el Ermitaño, propagador del Evangelio en Túnez y en Bujía y de las ciencias cabalísticas en Europa, solitario de vida contemplativa en los desiertos del Montserrat y entremetido cabildante de intrigas palaciegas en la corte del rey Don Juan II, galanteador descreído y filósofo insigne, poeta místico y orientalista eminente, soldado y monje, alquimista y cortesano, hereje y santo, Raymundo Lulio, en fin, el profundo autor del *Ars magna*, aquel á quien lo propio el vulgo que el libro, lo propio la credulidad que la ciencia, apellidaron un día, para que luégo lo fuera por los siglos, *el doctor iluminado*.

Ni es ménos excelente por sus obras de ingenio y de arte aquel período, que es de oro en realidad para las letras catalanas. A él pertenece Pedro Juan Martorell, autor de ese *Tirante el Blanco*, según el inmortal Cervántes *tesoro de contento y mina de pasatiempos*, y á él también aquella estela de renombrados poetas, guardadores de la tradición trovadoresca, continuadores de la escuela provenzal, cuyos nombres merecen eterna loa: Ramon Vidal de Besalú, autor de la *Dreita manera de trovar*, que fué el código de los poetas hasta que tuvieron la obra didáctica de las *Leys d'amor*, aprobada por los siete mantenedores de Tolosa; Matfre Ermengaut, autor del *Breviari d' Amor* en que Dante Alighieri hubo de hallar la idea de su *Divina Comedia*; Arnaldo Vidal de Castelnoudaury, el primer laureado

en los Juegos florales de Tolosa, de quien es el poemánovela *Guillermo de la Barre*; Jaime Febrer, citado por sus trovas; Jaime Arnaldo y Pedro March, de sangre y dinastía de poetas; Domingo Mascó, á quien pudiera considerarse como iniciador ó fundador del teatro español; y Luis de Aversó, que con su compañero Jaime March instituyó la Academia de Juegos florales en Barcelona, bajo los auspicios de Juan I, gran protector de los poetas y amante del gay saber, por lo cual le llama la historia *el amador de la gentileza*.

En esta segunda época de su historia, la literatura catalana toma el carácter y la fisonomía que le son propios, que le dan su razón de ser, carácter y fisonomía que ha de conservar siempre, que ya no ha de abandonar jamás. Los catalanes llevaron al terreno de la práctica sus negocios mercantiles lo propio que sus empresas aventureras. Así también, lo mismo en literatura que en política, el catalán es esencialmente práctico.

En ésta su segunda época, la literatura catalana fija sus rasgos distintivos.

Sus trovadores y poetas, con arte quizá más profundo que el de los antiguos, destierran la afectación de sus cantos, y con expresión sencilla y recta, sin rebuscar palabras, dan claridad á su estilo y sobriedad de conceptos á sus versos. Escriben porque sienten, no porque aparenten sentir; y es en ellos más perceptible su instinto buscando la realidad de la vida, que su imaginación corriendo desalada por los espacios.

Sus historiadores seducen por una sencillez, que casi pudiera llamarse primitiva, si en ella no se viese el talento práctico del narrador y el compromiso contraído con la propia conciencia de contar las cosas como fueron y como pasaron, sin exagerar hechos, sin buscar causas sobrenaturales á acontecimientos extraordinarios. Relatan con sinceridad y de buena fe lo que han visto ó lo que han oído contar, y existe en sus escritos, como marca de fábrica, un sello especial que señala su rectitud de conciencia al propio tiempo que su amor á la verdad y á la justicia.

Tal es en los catalanes, estudiando su historia, el genio de su literatura, como lo es el de su política; que todo está en ellos en armonía: lengua, historia, literatura, costumbres y carácter.

Esa rudeza, esa fiereza almogávar que se cree notar en ellos, no proviene de un orgullo de sangre y de raza, sino del sentimiento de la dignidad y de la conciencia de los derechos del hombre. El catalán admite iguales, pero no superiores; acepta monarcas y soberanos, pero no amos y

dueños; es asequible al consejo, rebelde al látigo; amante escrupuloso de sus deberes, pero guardador nimio de sus derechos, siendo sólo la conciencia de este mismo deber la que á veces le obligó á cumplir con el de rechazar con indignaciou todo ultraje y todo ataque, viniese de fuera ó de dentro, de arriba ó de abajo, á su independencia, á sus franquicias, á sus derechos, á sus libertades.

Con este carácter el catalan es atrevido y arrojado en sus empresas y hasta en sus mismas aventuras, pero sólo cuando ve que puede alcanzar un resultado positivo. Todo en él revela sentido práctico. La poesía cerniéndose en las nubes, pero bajando á rozar con sus alas la realidad de los objetos; la historia desplegando su levantado espíritu, pero narrando los hechos con la minuciosidad de los detalles; la política, marchando á la realizacion de todos los derechos y de todas las libertades, pero aceptando los hechos consumados y combatiendo como puede, en el terreno que puede y se le deja libre; sin que jamas, en ninguna de sus esperanzas ni en ninguna de sus aspiraciones, se vea al catalan ir á ninguna idealidad, que no tenga, por lo ménos, algo de práctico, así en el correr de su vida como en su poesía, despojada de todo orientalismo, como en su historia circunscrita á narrar los hechos con fidelidad, como en su política, ceñida á progresar conservando y á ir siempre adelante, pero con lentitud, para no verse en la precision de retroceder atropelladamente.

Tal es lo que se desprende en los catalanes de su historia, y tal lo que se marca ya en este segundo período de su literatura, primero de su esplendor nacional.

(Se concluirá.)

MISCELÁNEA.

Hemos visto el *Manual de dibujo* publicado recientemente en Valladolid por el profesor, Maestro de Obras, Don Aniceto Luis Allende; lo forma un tomo de 160 páginas que contiene en la 1.^a parte: Nociones generales de las diferentes clases de dibujo, estudios de la luz y de las sombras y reglas de perspectiva. En la 2.^a parte se ocupa de todo lo concerniente al dibujo, de figura, de adorno, lineal y á la aguada; facilita la inteligencia del texto por medio de algunas láminas. Libros de esta índole hacen falta en todas las clases en donde se enseña el dibujo, pues las explicaciones del profesor no son siempre suficientes, y raras veces se ajustan á un programa determinado. Sabemos que en algunas Escuelas de bellas artes, y de Artes y oficios, del continente, se ha declarado de texto el *Manual* del señor Allende; y ésta es la mejor recomendacion que pueda hacerse de su obra. En Palma se hallarán ejemplares en la imprenta de D. Pedro J. Gelabert.

* * *

Dice *La Crónica Balear*:

«Nuestro querido y particular amigo el distinguido maestro de piano D. Andres Torrents, acaba de publicar una bellísima romanza para canto y piano titulada *¡No! ¡non t'ingannava!* contestacion á la popular del maestro A. Guercia *Non m' amava*.

Cuanto amor bien fraseado y de elegante ternura hay en esa música, sencilla al par que difícil, ligera sin ligereza y expresiva sin afectacion, es de una sensibilidad exquisita y de una melancolía penetrante y tiernamente amorosa.

La recomendamos á los *dilettantis* y felicitamos al señor Torrents por su inspirada y sentida composicion.»